

¡VIVA EL GAY FELIPE VI!

POR LUISGÉ MARTÍN

Desde que cumplió los diecisiete o dieciocho años empezó a rumorearse en Madrid que el Rey Felipe era gay. Las informaciones

no tenían ningún fundamento empírico, pero muchos las repetían como si se hubieran acostado con él. El colectivo LGTB, necesitado durante muchos años de sumar soldados a su causa, se agarraba a cualquier clavo ardiendo, sobre todo si era un clavo alto, guapo, afable y con linaje real.

Los rumores, en contra de toda evidencia, han seguido manteniéndose hasta ahora. Muchos gays, que en el fondo de su corazón albergan todavía la esperanza de llegar algún día a ser reinas, los difunden con firmeza notarial: "Al parecer siempre sale al cine con un amigo". Y echan mano de ese sexto sentido tan *queer* para fortalecer el juicio: "Si es que no hay más que verle". Cuando uno trata de explicarles que corren otras leyendas según las cuales el Rey Felipe es un borbón de pura sangre, con un largo historial de *borbonadas* a su espalda, los partidarios de la teoría homosexual salen al quite de inmediato con un capotazo: "Eso es una tapadera. Para disimular. Como lo de Alberto de Mónaco".

Ahora los Reyes Felipe y Letizia, en su segundo acto oficial, han recibido por primera vez a grupos LGTB. Los colectivos gays nunca habían sido recibidos por un Jefe del Estado. Juan Carlos I no lo hizo (y nada digamos de Franco, de Azaña, de Alcalá-Zamora o de Alfonso XIII, en cuyas épocas los homosexuales eran enfermos y delincuentes escondidos detrás de sí mismos). La Reina Sofía, tan profesional siempre en todo, cometió además uno de sus grandes errores haciendo unas declaraciones homofobas y provincianas en las que, al cuestionar el matrimonio igualitario y el orgullo gay, rompía la neutralidad política de la Corona.

La recepción de estos días es solo un símbolo, un gesto, pero dado que a un Rey parlamentario no le cabe mucho más que hacer gestos, hay que pensar que algo ha cambiado de verdad en la monarquía. Como decía el chiste, tuneado, cuando un maricón va a Palacio y le da la mano al Rey deja automáticamente de ser maricón y se convierte en homosexual. "Eso no es un gesto: eso es un plumón", dice uno de mis amigos, que además de Reina querría ser algún día personaje de una novela de Eduardo Mendicutti. "Seguro que les ha invitado a la recepción para ligar".

Hace dos años, en un viaje a Chile, la entonces princesa Letizia dio la cara por el matrimonio igualitario. Fue en una conversación privada con la primera dama del país –la esposa de Piñera– y con el escritor Pablo Simonetti (que acaba de publicar una magnífica novela en España, por cierto). La princesa vino a decir que estaba encantada de vivir en un país en el que el derecho de dos personas del mismo sexo a casarse había arraigado socialmente con naturalidad. La conversación se filtró y la Casa del Rey Juan Carlos protestó por ello, pero el retrato ya estaba hecho: entre reina y reina no hay color.

Yo también soy de los que creen que hacen falta un futbolista de élite y un rey gays para rematar la normalización. Hoy, con las técnicas de reproducción asistida, la monarquía puede permitírselo: la continuidad dinástica estará asegurada. Mientras llega ese momento –tal vez Leonor, quién sabe–, habrá que conformarse con celebrar la fiesta del Orgullo usando carrozas reales y coronas de pedrería. Hoy por hoy, la posibilidad de un adulterio homosexual con el rey Felipe me parece remota. La veo más realista con Cristiano Ronaldo.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES EL LIBRO DE RELATOS TODOS LOS CRÍMENES SE COMETEN POR AMOR (EDITORIAL SALTO DE PÁGINA).